

UNIVERSIDAD: RENOVARSE O MORIR

El nacimiento de las universidades es, sin duda, uno de los acontecimientos más importantes que nos legó la Edad Media. En ellas se establecerán las bases de un pensamiento bien construido, fundamental para el desarrollo de la cultura occidental, convirtiéndose así en su vehículo de transmisión para las futuras generaciones.

Ya desde ese momento tuvo un marcado papel de revulsivo social. Se convertirá en una institución con dinámica interna propia y autónoma, además de ser la formadora o creadora de una nueva clase o grupo humano. Allí comenzaron a formarse los primeros profesionales.

La palabra universidad, tal y como hoy es entendida, no tomará su sentido hasta la década de los sesenta del siglo XIII, cuando una de las universidades más prestigiosas del momento, la parisina, cobre verdadera conciencia de su especificidad. Se le concederá unos Estatutos autónomos y se confirmará su derecho a la huelga; ello sucederá tras ciertos incidentes en los que perdieron la vida varios estudiantes. Junto a la universidad de París, existían otras de reconocida valía como la universidad de Bolonia, las de medicina de Salerno y Montpellier, la más antigua de Inglaterra, Oxford, y en España la de Salamanca, fundada por el rey Alfonso X; un siglo más tarde se fundarán la de Cracovia y la de Colonia.

Si he hecho referencia a este fenómeno tan importante en la configuración de la civilización occidental, es porque mi siguiente propósito es el de plantearme el papel de las universidades hoy, en el siglo XX (y lo que creo que supone mi especialidad dentro de la misma, la Historia del Arte, con respecto a las restantes Historias que actualmente se imparten).

No se trata tanto de realizar una crítica exacerbada contra ella ni de acometer un análisis en profundidad, como de lanzar una simple reflexión.

Es cierto que la Universidad española brilla, entre otras razones, por sus carencias, por su estrechez de miras en ocasiones y su falta de "profesionalidad" a la hora de establecer unos mínimos cotidianos. En definitiva, por esa especie de "cutrería" crónica en la que todos de algún modo u otro nos movemos.

Es cierto también que se habla continuamente de la falta de calidad de su profesorado y además, por qué no, de la de sus alumnos. Parece como si entre todos hubiésemos entretejido una especie de bruma espesa que todo lo emborrona y confunde, algo parecido a los efectos del tiempo que llena de mierda un espejo. Todo parece inmutable, sumido en la inercia, manteniendo unas constantes vitales enfermizas. Quizás, este hecho no haya que achacárselo únicamente a la misma vida universitaria, sino a que esté posiblemente ligado al pulso social general del país. Nuestra sociedad, que en otro tiempo tan convulsa y dinámica se mostraba, parece hoy haberse rendido ante la indiferencia de nuestras instituciones.

Nuestro deseo por mejorar parece así paralizado ante el fantasma de lo amorfo, de lo incongruente y de lo anónimo. ¿Contra qué y de qué modo? Ahora no parece haber nada decididamente claro; los objetivos se dispersan y confluyen en lo absurdo y lo remoto.

Siempre entendí la Universidad no sólo como una gran fábrica de "profesionales" y de "científicos", sino también como todo un interesante fenómeno. Para mí, y creo que para muchos de nosotros, la Universidad suponía la toma real de contacto con el origen de la conciencia y del revulsivo social. El espíritu crítico aquí tenía su arraigo más virulento. Nosotros los universitarios sabemos o por lo menos intuimos que lo nuestro es un privilegio, un privilegio que no está al alcance de todos nuestros conciudadanos. Es por ello que podemos hablar de un grupo "privilegiado" y por consiguiente obligado a la continua revisión de su trabajo y de sus propósitos, que en última instancia se traduciría en una especie de compromiso social. Lo que quizás se puede entreleer

en estas líneas que os expongo, es una cierta sensación angustiosa ante el temor de una pérdida real del tiempo, como si algo (no sabemos bien qué) se nos escapase irremisiblemente de las manos. Durante mi paso por esta "casa" como algunos le llaman, siempre he tenido esa impresión, la impresión de ir progresivamente olvidando o enmascarando este componente crítico inherente al hombre y que indudablemente es lo que mueve y conmueve.

Refiriéndome a lo que ha sido mi especialidad, Historia del Arte, sólo unas cuantas líneas más y también a modo de reflexión-reivindicación.

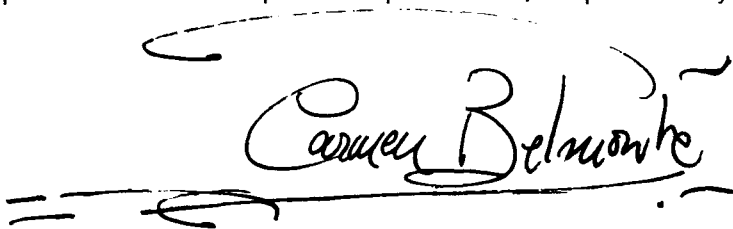
Los que de alguna forma se dedican al estudio de esta disciplina han venido reclamando, como es sabido, de forma continuada para ella un estatuto específico perfectamente delimitado del resto de las Historias. Ésta no es una idea gratuita, sino que encuentra su justificación si consideramos que los productos que ella nos ofrece son claramente diferentes del resto de la producción y hechos humanos. Hoy día nos movemos en un mundo completamente inmerso en lo que se han venido a denominar "medios de masas". La imagen prima, de ahí quizás el conocido refrán y explotado por los publicistas hasta límites insospechados: "una imagen vale más que mil palabras".

Pero esto parece también olvidarse en numerosas ocasiones, incluso entre los que se dedican a cultivar dicha especialidad. Es una especie de complejo de inferioridad ante su no-cientificismo declarado, como un prurito sarnoso y amargo que es, por el bien de la misma, conveniente desechar de una vez por todas.

El arte es uno de los vehículos más importantes de expresión y de comunicación humana, pero no sólo como mera ilustración de otros acontecimientos de mayor consideración; no es una calcomanía que ilustra y embellece estéticamente un álbum histórico o sociopolítico.

Con esta breve mención al tema tan sólo pretendía dar una especie de pequeño toque de atención para todos aquellos que se sientan interesados o afectados. Por supuesto, las cosas son mucho más complejas y quizás requeriría un tratamiento aparte. Habría que procurar que nuestras instituciones, en definitiva, tomaran conciencia de su importancia y trascendencia incluyendo, por supuesto, a la propia Universidad y a los correspondientes Departamentos que imparten dicha disciplina. Alguien dijo en cierta ocasión: "renovarse o morir".

Por ello, ahora reflexiono en alta voz y me pregunto y os pregunto si no deberíamos de una vez exigir y exigirnos, en un arranque de cordura y generosidad con nosotros mismos, el inyectar a nuestras universidades un nuevo aire más dinámico y crítico, ser realmente el acicate de nuestra deteriorada sociedad, de nuestro llamado "mundo civilizado". Mejorar su calidad en términos generales está en parte en nuestras propias manos. ¿Por qué no perder miedos? ¿Por qué no atacar ese espíritu empobrecido, anquilosado y mediocre?



FE DE ERRORES

En el número dos de "CUADERNO GRIS" se cometieron los siguientes errores:

- El artículo "Gutiérrez Aragón o el lenguaje del sueño" apareció firmado por Rosa Alvarez cuando debiera ser Rosa Alvares.
- Por otra parte, la revista apareció cuajada de faltas ortográficas y de palabras mal escritas. Pedimos perdón a todos nuestros lectores por esta lamentable negligencia en la corrección de las pruebas; esperamos contar con vuestra confianza en nuestra promesa de que tales errores no volverán a producirse o, por lo menos, en semejante abundancia.